

Consuelo Álvarez de Toledo

Vida de
MI VIDA



BOEZA
colección ensayo

eBB
eBooksBierzo

© Consuelo Álvarez de Toledo y Saavedra.

© De esta edición en epub, eBooksBierzo, 2012.

2ª edición, 1ª en ebook, revisada por la autora.

Fotos interior:

Castaños de Villafranca y *La petanca* de [Anxo Cabada](#)

Diseño colección: Miryam Anllo. DiLab. Uruetia <http://www.di-lab.org/>

ISBN 978-84-940114-5-0

Esta obra no puede ser reproducida total ni parcialmente sin la autorización de los propietarios del copyright.

<http://www.ebooksbierzo.com/>

ÍNDICE

Dedicatoria

Prólogo: Casi todos los abuelos somos iguales y en cambio todos los nietos son excepcionales

BREVIARIO DE ABUELIDAD

1. Aquel primer vagido
2. A fin de cuentas
3. Las huellas de la vida
4. Raíces
5. Amor libre
6. Jubilados por decreto
7. Vivir para ver
8. Nunca es tarde
9. ¿Os puedo dejar a los niños?
10. Yo, tu abuela

TESTIMONIOS

Sofía de Grecia: una abuela muy real

Adolfo Suárez: “Hijos de Nuestros Hijos”

Isabel Preysler: Un pacto con el tiempo

Nuria Espert: Intimidad con los nietos

Joan Manuel Serrat: “Abuelo, que no anciano”

Antonio Fraguas, Forges: La sonrisa de un niño

Ramón Tamames: El optimismo de la madurez

Luis del Olmo: El regreso de la ilusión

María Teresa Campos: Complicidad con los nietos

Agradecimientos

Dedicatoria

A Federico Ysart, abuelo de mis nietos
Javier, Diego, Consuelo, Pablo, Mar, Lorca,
Mencía, María, Federico, Paloma y Juan

Villafranca del Bierzo, 5 de abril 2003

Breviario de abuelidad



1. Aquel primer vagido



Fue como un calor intenso que naciera de las propias entrañas. Se aceleraban los pulsos; se agolpaba el corazón.

Y volviéndome hacia él, sólo le dije:

-Está embarazada. Ella no lo sabe, pero está embarazada.

Las aguas de la bahía se hicieron suavemente de color malva, casi violáceas. A lo lejos, la mar era un horizonte azul oscuro que se confundía con el cielo mientras contemplaba aquel atardecer mediterráneo. Acodada en la barandilla de la terraza, te presentí. Detrás de mí, tu abuelo dormitaba en la tumbona de mimbre. Apenas logré oír su respuesta:

¿Y ...? ¡Mmm ... ummm! ... ¿Eh ...?

Curiosa y sempiterna forma que él tenía para decir algo. Nunca he logrado descifrar si detrás de esa especie de suave gruñido se escondía una pregunta o si tan sólo se trataba de una especie de respuesta; o si, como me temo, era simplemente un sonido ininteligible como para salir del paso, sin quedar demasiado mal.

Escogí un suave silencio, abrazándome a mi misma bajo la felpa del albornoz que olía a jabón de hotel. Vino la brisa. Faltaban pocas horas para la cita con la noche.

En la isla, la noche cobra un especial sentido mágico. Allí, en algunos lugares, es como si tocaras el cielo con los dedos. En verano, tumbada en el suelo, el cuerpo parece que se fundiera con la tierra para formar

parte de la oscura bóveda del universo donde brillan solemnes las estrellas.

Me lo había dicho unos días antes:

-Dicen que Menorca es como una gran balsa que flota sobre este viejo mar nuestro y se deja llevar a la deriva ...

-Un lugar perdido, repliqué.

Una isla para los niños que nunca querían crecer, el *País de Nunca Jamás* escrito en aquellas piedras redondeadas por las tramontanas; los vientos tenaces que se habían deslizado por entre los recovecos de esos templos erigidos mucho antes de que tú vinieras a este mundo. Pensé que efectivamente éramos un viejo mundo y una muy vieja humanidad.

-¿Desde cuándo estamos aquí?-dije, como oyendo mi propia voz desde fuera del cuerpo.

A veces esto ocurría. Es como tener una cita con tu destino y te encuentras pronunciando las palabras de las que dudabas hasta ese preciso instante. Y no sabes si eres tu la que te oyes, la que habla por hablar a veces

tontamente, o si es ese otro yo el que escuchas, ese ser con el que la vida te ha condenado a vivir.

-¿Ves como siempre estamos a vueltas con el tiempo? respondió él.

Sabía que aquellas incertidumbre vitales no llegarían más allá, porque ni yo misma quería traspasar la comodidad de un instante presente. Estaba acostumbrada a dejarme deslizar por el vértigo del tiempo. Ponerme al borde de lo desconocido, hasta casi perder el sentido de la propia existencia y flotar ajena a todo lo próximo.

Una sensación de lejanía extraña de la que, en el último momento, solo podría zafarme moviendo bruscamente alguna parte de mi cuerpo, para recordarme que todavía existo, como ahora te veo a ti, carne de mi carne.

Y fue así, tesoro mío, como supe en tal preciso instante que estabas ahí.

Tú, apenas concebida, y tu madre, mi hija, estabais tan lejos ... Justamente al otro lado del mundo, a la orilla de ese tremendo Océano que algunos se empeñaron en llamar Pacífico para jugar a hacer

diabluras con los nombres. Había comenzado la larga espera. Y nueve meses después llegaste entre estertores y suspiros.

En los hospitales, por la noche, resuena todo como un eco. Se oye un bisbisear y cualquier sonido cobra una dimensión trascendental. La sala de espera se me había quedado muy pequeña y me sabía de memoria las ilustraciones inverosímiles que colgaban de la pared y el perfil del retrato de aquella enfermera que, con el dedo sobre sus labios carnosos, nos mandaba callar. No soportaba más esas sillas inevitablemente tapizadas de algo blanco y acrílico que acabaría pegándose a mi cuerpo transpirado. De vez en cuando se oía el ulular de las ambulancias.

Alguien me dejó pasar al paritorio. Allí estábais las dos, tu madre y tú, augurada por un inquietante “sónar”: el ¡blom! ... ¡blom! ... ¡blom! ... de una máquina para mí desconocida. Una especie de cincha rodeaba el vientre hermosamente redondeado de tu madre, de piel tersa, como una manzana reluciente que estaba conectada al misterioso aparato por el que ya hablabas antes de nacer.

Entonces te hiciste un lío; una pequeña confusión en el habitual procedimiento de nacer y decidiste dejar de latir por un instante. El ¡blom!, ¡blom!, ¡blom! había cambiado de ritmo súbitamente. Las pausas eran silencios insoportables. Era como tener tu corazón entre mis manos. Y a tu madre y a mi nos pareció una eternidad.

La matrona me miró con una inconfundible expresión:

-Llamemos al doctor.

Y no sé por qué, de repente me entró un golpe de pavor que nunca había sentido en mis partos. Intenté revivir como era aquello: el pequeño dolor en los riñones; la acelerada salida de la casa; una suave inquietud en el estómago. La certeza de una cita con la existencia.

-¡Rápido, rápido!

El médico, el anestésista, la comadrona.

El olor a menta del quirófano; el trallazo insoportable y el placer de sentir la nueva vida. Navegar en una burbuja de agua a través de la que siempre oías la dichosa orden del doctor:

-¡Empuja, empuja ahora!

Entonces es cuando parece que se te parte el alma y su contrario. Te divides en dos y multiplicas. Pierdes algo de ti mismo y ganas lo mejor de tu ser. La maternidad es realmente inexplicable.

Y ahora me encontraba ahí, con la mano de tu madre entre mis manos y me sentía mucho más frágil y asustada. Recordé entonces aquel atardecer, frente a la tranquila y dulce bahía de Mahón y supe que tenías que nacer. Porque era una vez más el indescriptible misterio que sólo se puede sentir al dar a luz.

El momento mágico en que se juntan cielo y tierra, vida y muerte, todo y nada. Vértigo total. Poco después, desde un pasillo verdoso y nocturno, oí tu primer llanto.

El vagido de un recién nacido es como un grito de la tierra.

Otra vez se repetía la misma sensación de estar tocando lo inalcanzable que me acompañaba siempre, inevitable, en cada nacimiento de mis nietos. Me sentía atrapada por diferentes sinos y destinos. Una muy dulce,

muy tierna, suave y estremecedora sensación producida por la consciencia de la prolongación de la vida.

¿Qué sientes al ser abuela?

¿Por qué siempre se empeñan algunos en tener que explicar los sentimientos? No era fácil articular una respuesta medianamente clara. No se pueden cuadrificar las sensaciones. Tenía la mirada perdida hacia dentro de misma.

Abuela, abuela, abuela... me repetía en silencio intentado asimilar la nueva circunstancia. Finalmente la barrera del tiempo y el espacio solo se rompió cuando pude oír la suave y grave voz de tu abuelo:

-Hola, abuela.

Me tropecé de bruces entonces con la verdad. Sentí un pellizco en el corazón. Pero apenas tuve resistencia.

-No. Pero bueno, dime, de verdad, qué pensaste cuando viste a la criatura, insistían.

-Orgullo, dije con voz temblorosa por insegura.

Después, andando el tiempo y otros nacimientos, me preguntaría muchas veces si este sentimiento de

orgullo no sería apenas algo más que una elemental reacción animal. La natural sensación de seguridad ante la perpetuación de la especie. El comportamiento de una salvaje naturaleza larvada dentro de las entrañas.

Un instinto primario al que en la Biblia, con machacona y descriptiva insistencia, se refiere con la tremenda frase de “los hijos de los hijos de nuestros hijos”. Una secuencia de palabras básica y elemental con la que a lo largo de los siglos se ha intentado expresar la congénita voluntad de supervivencia. La prolongación de la vida deja un poso de autosatisfacción inevitable.

Pero, junto a todo esto, estaba el terror. La certeza de que se nace para morir y de que aquel ser que tenía allí delante y que hace un minuto no existía, de que esa criatura, que apenas podía abrir sus ojos inexpresivos y velados, tendría en algún momento desconocido otra cita, única e ineludible, con la muerte.

Una pesadilla de la que ya continuamente querría huir. Pero estaba atrapada para siempre por la realidad que yo misma había fabricado. Condenada a vivir en la contradicción de la felicidad y el dolor.

Fue así cuando me entró un ataque de responsabilidad. Algo que no me había ocurrido en ninguna de mis sucesivas maternidades. No recordaba al menos haber tenido esa consciencia. Probablemente hay que tener una cierta dosis de locura para traer hijos al mundo.

No por el dolor, ni por el riesgo, ni por el esfuerzo físico, sino por la simple y cotidiana certeza de que a partir de entonces estarás obligado a criar y a educar a un ser humano. Pero eso, de joven, uno ni lo piensa. Y ahora me llegaba como una especie de efecto retardado que me hiciera valorar de un nuevo modo los años transcurridos.

Pero al fin, estabas aquí, tan minúscula criatura recién venida al mundo. Y al verte, otra vez se removieron mis entrañas. Hay mucho de magia en el momento de nacer, algo que trasciende a la perpetuación de nuestra especie. Entre la nada y el ser. Os veía tan frágiles y a la vez tan independientemente humanos ... Y pude volver otra vez a sentirme superada por el misterio

de una vida que desde aquel momento, siendo tan mía, no era mía.

-Toma.

Alguien me extendía los brazos para entregarme aquel cuerpecillo amoratado, envuelto entre ásperas toallas. Noté tu peso tan liviano.

El rostro anciano de todo recién nacido no me sorprendía. Ni el leve manoteo de los pequeños puños bien cerrados; ni los bostezos desmesurados de una boca apenas estrenada; ni los ojos todavía ausentes que muy de vez en vez se abrían como si acabaras de llegar desde un universo desconocido y lejano.

Se supone que en este momento debería de haber llorado de emoción. No fue así. Recordé que al dar a luz yo siempre había llorado.

Eran aquellos unos llantos cálidos, hondos, muy profundos; de lágrimas grandes y saladas que me proporcionaban un gran descanso. Este llorar se producía muy naturalmente cuando, ya concluido el trepidante ritmo del parto y de regreso a la habitación normalmente

en penumbra, comenzaba a darme cuenta, me daba cuenta, de que todo había pasado.

En la semi-inconsciencia de la anestesia oía como alguien de perfiles y presencias difuminadas insistía en preguntar con voz muy queda:

-¿Por qué llora ahora?

Y recuerdo como un eco la voz de mi madre al responder muy quedamente:

-Dejadla llorar...

¡Dios, qué momento! Era el desahogo de aquella intensidad emocional simplemente originada ante el hecho de haber participado directa, intransferible e individualmente en la creación de un ser humano.

Mientras te sentía rebullir entre mis manos no pude resistir la comparación. No era lo mismo ser madre que ser abuela. No era igual, pero no por ello menos dulce, menos emotivo.

-¡Qué cosita!... -dije.

Lo reconozco: era una terrible cursilada. No era ésta precisamente una frase para la posteridad. Pero es

que en tales circunstancias es cuando una tontería cobra el mejor de los sentidos.

No tenía por qué esforzarme y “cosita” fue todo lo que acerté a decir, embobada mientras intentaba retenerte para toda la vida en mi memoria; lo dije absorta y ausente de todo lo ajeno, como oyéndome otra vez desde fuera de mi misma. Era un gozo íntimo que no quería compartir con nadie.

El caso es que al nacer vosotros, mis nietos, los hijos de mis hijos, recién aterrizados en este mundo, siempre era como la representación de una realidad vivida de antemano. Todo era como si ya os hubiera visto antes. Como si os hubiera sabido de antemano. Como si os hubiera estado esperando desde hacía mucho tiempo. Tenía una cita con vosotros.

Y aquella nueva conciencia de responsabilidad me impedía abandonarme al sentimiento. La Naturaleza me acababa de mandar en ese preciso instante a la reserva. Evidentemente, ser abuela no era lo mismo que ser madre.

De regreso a casa instintivamente me puse delante del espejo: allí delante, reflejada, una mujer me miraba con cierta guasa, llena de vitalidad, a medio camino todavía. ¡Qué diablos!, me repetí hasta la saciedad, estaba realmente estupenda. Pero había un pellizco de inquietud: hete aquí que estaba hecha toda una abuela. Sospechaba, además que no iba a tardar mucho en transformarme en lo que se dice una “abuelaza”.

Pretendí, muy racionalmente, ser exigente conmigo misma y no engañarme. Ser abuela, lo sabía, lo estaba aprendiendo minuto a minuto, sería a partir de este momento una segunda piel, otro ser al que no cabía renunciar. Hay circunstancias por las que o se es, o no se es. No hay, no caben matices ni intermedios.

La vida va señalando su transcurrir cotidiano con una especie de mojones algunas veces vitales, otras físicos y en ocasiones puramente emocionales. Marcas de circunstancias y del paso del tiempo para que nada resulte ajeno a la memoria.

Es aquel primer recuerdo difuminado de una infancia perdida; es el día en que se te cae el primer

diente; es el día en que “te vino la regla”, que es como si a partir de ahí se te mudara una cáscara de seda; es el primer enamoramiento; o el primer llanto de amarga decepción.

Es la pérdida de la inocencia del cuerpo o del alma. La ausencia de una presencia irrepetible. El reencuentro consigo mismo al final de una gran escapada. ¡Qué sé yo! Me preguntaba ahora si estaba ante uno de esos mojones vitales; si se trataba de los que irrumpen con cierta violencia en nuestra vida o si, por el contrario, se trataría de una sutil y gradual transformación.

Me intrigaba conocer si ser abuelo era de ese tipo de acontecimientos que apenas se hacen notar cuando suceden, pero que más tarde y desde la lejanía, percibes como “aquello” que, habiendo ocurrido tan naturalmente, habría de dejarte su marca para siempre. Huellas de la existencia, pequeñas arrugas en la piel del alma. Arrugas bellas algunas, cicatrices amargas las otras.

-¡Ah!... ¡Nooooo...! Yo he prohibido que me llamen abuela...

¿Serviría de algo parapetarse detrás de las palabras? Había escuchado en ocasiones ese autoengaño que algunos se fabrican queriendo huir de la realidad con el subterfugio, a veces ingenioso, no llamar a las cosas por su nombre. El uso de inverosímiles apodos onomatopéyicos para disfrazar lo que no se quiere contemplar. O simplemente, esa otra manía de renunciar al parentesco para acabar llamándonos todos por el nombre de pila. En plan colega. ¡Qué moderno ¡,! oye tú, tío!

Huir de esa palabra clara, rotunda, contundente y a veces tan chinchante: “abuelo” y/o “abuela”, con todas y cada una de sus letras. Porque los hay que, incapaces de soportar la presión vital de ser abuelos, se ven tan turbados en su mismidad que quisieran meterse bajo tierra cuando los tiernos retoños se empeñan en llamarles en publico y a gritos, sin el más mínimo pudor ni disimulo.

Estas adorables criaturitas, los pequeños locos bajitos, no se cortan un pelo. Y ahí los tienes, en pleno

centro comercial, en la playa, en la feria mas concurrida, dispuestos a dar el grito de guerra:

-¡Aaaabueeeelaaaaaa!... Que te estoy llamando, ¿o es que estás sorda?

¡Señor qué trance, qué drama, qué sofoco! Pero todo esto todavía no sabía yo que iba a suceder. Así que entrada la noche y ya en la cama recordé algo que hacia años me había dicho un amigo en similares circunstancias. Medio irónico y esbozando una sonrisa, confesó:

-Lo que me fastidia de es que a partir de ahora me voy a acostar con una abuela.

-Y ella con un abuelo, repliqué muy batallona.

-No es lo mismo.

¡Maldición! Me lo temía. Por si acaso, me propuse hacer el amor con fruición. Era como volver al principio de todos los principios, como volver a trazar el camino andado o como volver a leer esas páginas de un libro que te ha acompañado durante tantas noches de insomnio.

Necesitaba fundirme otra vez con la tierra como si se prolongaran mis raíces y al mismo tiempo despegarme

de ella hacia lo alto. Y tras comprobar que todo seguía sexualmente en el nivel correctamente habitual, decidí imitar a Escarlata O'Hara dejando mis reflexiones tan sesudas y trascendentales para mañana.

